

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—La Ramera.

ESTUDIEMOS

Merece ser estudiado profundamente el artículo que insertamos á continuacion, por que en él, se ocupa Rosario de Acuña de una cuestion trascendentalísima sobre la cual se ha escrito mucho y muy bueno; y al álbum que han formado los poetas y los moralistas, hay que añadir esta magnífica hoja, escrita por una de las mejores escritoras españolas.

LA RAMERA

... El ángel mujer,
que cae y se pisotea,
eso con que se espolea
el bastio del placer,
la mirada sin fulgor,
la sonrisa sin bondad,
el placer sin castidad,
el halago sin amor:

¿Empadronáis la ramera?
¡Pues dad cartilla al vicioso!

(Trata de blancos, de
LEOPOLDO CANO.)

Semejante á esas esculturas de mármol que, al borde de un sarcófago, en actitud meditabunda, puso el cincel del genio para significar la tristeza, el espíritu, no menos maravilloso que las obras del arte, se recoge en sí mismo, y, con las alas de la imaginación caídas melancólicamente, á impulsos de profundo desconsuelo, inclinado el acongojado rostro, y con hondo suspiro de amargura, se para al borde del sombrío abismo de la prostitucion sarcófago revestido de suntuosidades halagadoras y guardador de mísera escoria. Sin levantar la mirada á los cielos, olvidando por un momento su pátria inmortal, recogidos cuidadosamente los cendales divinos que sirven de trono á sus inspiraciones, el alma del pensador es menester que detenga su vuelo en ese umbral donde se arremolinan las miserias humanas, ofreciendo un semillero inagotable de males á la marcha triunfal de la vida sobre el planeta.

Pluguiera á la madre naturaleza broquelar de acero cortante mi palabra, y de



fuego consumidor mis conceptos, aún mi voluntad no quedaria satisfecha; de tal modo engrandecida la siento al idear como posible la extirpación de esa gangrena, cuidadosamente abrigada, sostenida y excitada por leyes, religión y costumbres...

Entremos de lleno en el asunto.

La hora del crepúsculo invade la ciudad. El cielo fulgura con tornasoles de grana y oro, y allá abajo, sobre el Occidente, manda sus últimos destellos el astro de la luz. Comienzan á retemblar en los azules espacios estrellas y luceros, y el limbo glorioso del día, envolviéndose en la majestuosa noche, levanta el cántico sagrado de despedida á su amada tierra. Entonces, sobre el duro pavimento de las ciudades, se desliza desde su guarida la mujer pública. A los ángulos de un organismo rudimentario. Destinado á ser anillo intermedio en la cadena humana, hubiera permanecido solo hembra, si el vicio no la hubiera atraído á ser prostituta. Labriega ruda, menestrala ignorante, idealista desengañada, mujer, en fin no apta para las grandes funciones de la razón, hubiera cumplido en parte sus deberes, y acaso su sér hubiese dado hijos robustos, hábiles é inteligentes, átomos útiles al engrandecimiento de la especie; la ambición, la pereza, el despecho mordieron en su cerebro, débil ante las sugerencias de lo que halagaba sus predominantes instintos, y la ley, la religión y la costumbre, colocando un cómodo puente sobre el extravío de su imaginación, la brindaron el fácil camino para ser menos que hembra, para ser ramera.

Héla ahí, magistralmente retratada por uno de los genios de nuestra patria; su mirada es un girón sobre una inteligencia vacía: su amor... ¡Ah! ¡frase divina! impiamente ultrajada por una sociedad que, en amasijo repugnante, mezcla las torpezas del alcoholismo con las asquerosidades de la imbecilidad. Sobre el frontispicio de nuestro siglo te esculpieron con letras de oro los sabios y los poetas, y en el fondo del santuario, te arrojan entre cieno y escoria las aristocracias del talento, de la sangre y del dinero ¡Amor de la prostituta! ¡amor del árbol, ó de la roca! atracción inspirada por el instinto de conservación. El árbol tuerce sus raíces por buscar humedad que asegure su vida; la roca abriga el líquen que defiende su existencia; la prostituta reclama el puñado de monedas que la aseguran su comida. ¿Qué no siente lo que manifiesta? peor para los que la compran; ella nada pierde. ¡ Y á esto se llama amor...!

Si, se llama amor, y es el más posible dentro del círculo del fango en que gira nuestra sociedad. La ramera es la creación digna de toda época decadente; es la figura representativa de nuestras huestes sociales; las sintetiza y se eleva de la categoría de mónstruo á la jerarquía de mártir; ella es irresponsable; es el producto activo, la realidad encarnada, concreta, de la espantosa degeneración que domina en los cerebros humanos...

Ya se oye el rumor que, como jauria atraillada, levantan los eclécticos, los hábiles gimnastas de la vida, que, en equilibrio constante sobre la sólida maroma de su egoísmo, dominan, con benévola sonrisa, la pública opinión, aprovechándose de los aplausos y haciendo como que se caen de un lado ó otro así que barruntan una silva.

Vicio preciso, dicen unos; *necesidad de la naturaleza*, dicen otros; *mal que evita mayores males*; dicen los demás allá. Vayamos reflexionando sobre estos aullidos: ¡vive Dios! que lo merece.

Vicio preciso. ¿ Es decir, que el vicio es una necesidad? Eso contesta la antropología cuando se la pregunta sobre los ladrones y asesinos y sin embargo, todavía no se le ha ocurrido ni á esta ciencia ni á la ley dejar que impunemente se robe y se mate: el vicio es, ha sido y será innecesario. Vicio, defecto, deformidad, enfermedad dolor, todos estos y parecidos sinónimos, podrán ser pero *no es necesario que sean*: transigir con el vicio, ser su cómplice, su encubridor, su tercero, es mucho más monstruoso que el vicio mismo. ¡*Necesario!* ¡cuantas y cuán largas consideraciones

se pueden hacer sobre este sofisma de ruines que llama necesidad al vicio! ¿Se quiere colocar al sér humano al nivel de la bestia?—Pues ni aun allí encontraremos la necesidad del vicio; solo en algunas especies que el hombre ha educado (domesticado) se observa algo parecido á vicio, pero que no lo es: fuera de ellas se desarrolla la vida dirigida por el amor; por el amor, no por el *ayuntamiento*.

En la época precisa, cuando el ambiente de la primavera, el fulgor del estío ó las escarchas del invierno favorecen la reproducción de las especies, desciende, por los átomos atmosféricos llevado, un anhelo infinito de felicidad: al latido del corazón rebosante de vivíficas ilusiones, responden las fibras todas del sér organizado, ¿y quién no se extasió ante las serenatas sublimes que el ruiseñor entona en las plácidas noches de primavera, cuando llama con todas las fuerzas de su diminuto pulmón á la hembra, aún desconocida, procurando rendirla á su voluntad al emitir modulaciones de agudas notas, que á juzgar con el brio con que salen de su trémulo pico, las inspira el deseo de llegar hasta los mismos cielos? ¿y quién no contempló admirado la ruda lucha del ciervo montaraz, cuando erguida su arrogante cabeza, firmes sobre las aristas de la roca las nerviosas patas, bufando con vaho de celos y vanidad, y la mirada fulgente de ansiedad y bravura, reta á su contrario, para que delante de su prometida se justifique su fama de valiente y hermoso, y la caricia ambicionada sea el premio al amor ideado y la victoria concebida? Y cuando hayamos recordado las fiestas de himeneo en todas las especies que pueblan la redondez de la tierra y hayamos visto al amor, que es sentimiento y no sensación, armonioso ó rugiente, dulce ó violento, arrullador ó indómito, placido ó grave, pero siempre arrebatador; omnímodo, vibrante desde la última célula del más retirado músculo hasta la primera del más poderoso ganglio; cuando hayamos contemplado esta sublime explosión de afectos en la palabra amor sintetizada, que levantan sobre la corteza terrestre el santuario de la vida universal; ¿con qué repugnancia, con que desprecio, con que asco tan hondo fijaremos el pensamiento en ese lema, profanación de la racionalidad del hombre, bajo el cual se pretende justificar la prostitución! *Necesidad de la naturaleza*.—¡La naturaleza necesita amar! ¿Se ama á la prostituta?...

Eso con que se espolea
el hastío del placer.

¿Es la necesidad de la naturaleza? Dijérase que es la del vicio, y más verdad se diría. El vicio, lo irregular, lo anómalo, ¿de dónde surge? De lo insano. Y esta condición, ¿de dónde se deriva? Jamás de la naturaleza en puridad de ley; se deriva del falso concepto de moral en que están fundamentadas nuestras legislaciones (ó costumbres, que todo es igual.) Lo insano se aleja de lo natural, lo repete. La vida ha de elevarse en el hombre como compendio de todas las vidas inferiores, y en la actualidad la mayoría social está muy por bajo de la masa animal; el hombre vive para *comer, dormir, beber y gozar*; no *come, duerme, bebe y goza* para *vivir*: el fin ideal de nuestra época es el hartazgo individual, no la seguridad del mejoramiento ajeno; vivamos nosotros, nuestros prójimos y descendientes que revienten; el amor ha descendido más abajo que lo que se llama instinto, no salva ni una línea del personalísimo interés de nosotros mismos.

Sobre este fermento de bajezas, ruindades y pequeñeces se ha desarrollado la ramera; es la consecuencia lógica del estado patológico de los espíritus de actualidad. Con la ramera no se necesita otro *sacrificio* que el de un puñado de oro, esto es lo más fácil de lograr en la espantosa perversión del sentido moral que informa nuestras especulaciones.

La ramera se encuentra en cualquier parte, no hay que molestarse en buscarla; se

la halla á cualquier hora y de cualquiera clase. ¿Halaga la vanidad? Pues se la toma de relumbron. Librada del empadronamiento por orgullosa generosidad, se la pasea como un buen caballo ó una buena galga. ¿No se busca más que el *espoileo del hastio*? Pues no se elige, se coge al acaso. ¿El cieno ahoga? Pues se revuelve en él hasta encontrar lo más asqueroso... Despues espera el banquete, la conferencia, la discusion, la biblioteca y la cátedra. La prostituta, si se tiene en casa, satisface todos los instintos del vicio porque entroniza las inclinaciones tiránicas del hombre. ¡Es tan seductora la condicion de amo! ¡Allí está aquel montón de carne y huesos sin inteligencia ni voluntad, las dos prerogativas de la criatura humana: allí está como animal cuidadosamente sostenido para el momento de la necesidad y este momento ha de surgir del cansancio, no de la esperanza; este momento ha de surgir como brote podrido que arroja un árbol frondoso. Allá arriba, en el corazón, y más alto, en el cerebro, las grandes aspiraciones, la ambicion del oro que proporcionará molice y envidiosos; la ambición de la gloria que producirá delirios y aduladores; la ambición del prestigio que acarreará vanidades y víctimas; allá, en el sentimiento y en la razón, el afán de la vida mejor, más regalada, más brillante ó más satisfecha; allá arriba con los extravios de la concupiscencia, mezclados los elocuentes discursos, haciendo brotar luminosos ideales de progreso de perfección y de cultura; el libro, profunda síntesis de sólidos conocimientos, henchido de preceptos sublimes y sabias indicaciones; el descubrimiento científico ó industrial, viniendo á testificar el nombre del siglo de las luces; allá arriba, en esos dos mundos que lleva el hombre impresos en su voluntad en el sentimiento y la inteligencia, todas las expansiones de la amistad y todas las gallardias de la imaginación y todas las elucubraciones de la sabiduría, y más abajo de la copa exuberante del árbol de la vida, suciamente revuelta con detritus de fermentación, la sublime y esencial necesidad del amor rebajada, envilecida, degradada en todas sus manifestaciones, huida de todos los sentimientos para brotar impura y liviana como una contraccion espasmódica de repugnante epiléctico, y producir en instantánea revulsión de encontradas tendencias, un hastío enervante y despues una ferocidad impia y un rencor vil hácia la racional mitad de la humana especie, hácia la mujer. ¡Hé aquí el amor á la prostituta!... Pero ella libra de la humillacion de *amar* á una mujer; ella no crea obligaciones, ni gratitudes, ni sacrificio, ni abnegación, ni siquiera molestias; no se necesita con ella más que una sola pasión, ¡la del desprecio!

Cruel ceguedad, torpe error de nuestra envilecida época, la ramera es el veneno que roe las entrañas sociales, su influjo lo invade todo, porque infiltra en el impulso generatriz de la raza humana que es el sentimiento, una inspiración de antipatía, desconfianza y ódio hácia la mujer, en su altísima, pura y redentora misión de esposa. El amante de la prostituta, es decir, el prostituido, mira el matrimonio con espanto le teme como carga, le toma como contrato, va hácia él pero no confiado, creyente ni decidido, sino con reservas, y siempre con premeditaciones de dominación, ó cuando menos educadoras... ¡Ah! ¡error funesto! La personalidad del hombre y *la de la mujer* han de fundirse sobre la misma línea de respetos en los afectos del amor, si han de producir el símbolo humano en su corrección natural, compuesto del varón y la hembra. Jamás con intenciones de comprarla con intereses, con la fuerza ó con la astucia, será la mujer otra cosa que verdadera concubina de su marido. La influencia de la ramera se nota, más que en nada, en este engrimiento masculino que surge asi que se calman los estímulos de la posesion. En los brazos de la esposa, quien se acostumbrió á los de la mujer pública solo ve la espiación de un arrebató, el castigo de una locura de la juventud, y en último caso se la sufre por la seguridad de la legitimación de los hijos. Pero ¡ay! jamás elevará la esposa

á compañera quien profanó los primeros anhelos del amor en los antros inmundos de la prostitución. Ellos le hicieron conocer algo más inferior que la *hembra*, la mecánica construcción de un artefacto vendido en toda clase de precios, desde el ínfimo de un mendrugo de pan, hasta el subido de un palacio. Nada de humano, de racional, de justo, de digno, ni de respetable verá en la mujer, quien la descubrió sin alma ni cuerpo. ¡Si! que el cuerpo de la ramera, como producto que es del arrollamiento en las leyes naturales, no ofrece las encantadoras hermosuras de la mujer, sino la deformidad repulsiva del mónstruo disimulado, y el que en la atmósfera de lo monstruoso se inspira nunca llegará á apreciar lo perfecto.

Y no solamente perturba el prostituido su propia vida, sino que su influencia trasciende á la amistad y al conocimiento. Semejante á esa fruta podrida, que un descuido del recolector arrojó entre la sana, su contacto todo lo corrumpe y envenena: hallándose pequeño, roído por la indolente pasividad de la génesis del vicio, muere en su espíritu la envidia, siente tristeza del bien ajeno, y con esa suavidad propia de los reptiles, va dejando caer gota á gota la hiel de sus ruindades en el corazón de los sanos que encuentra en su camino: busca en cada uno su debilidad y por ella le ataca: á los hombres capaces de *amar* les habla de indignidades, de predominio, de fatalidades, y hasta de virtud, si el recinto se encuentra bien pertrechado, y al fin le toma: arrastra la vanidad, empuja el egoismo, irrita la presuncion, y, afectando en todos sus manejos un deseo redentor, no desiste hasta conseguir rebajar el sentimiento á sensación, y arranca del corazón enamorado toda virtud de consideracion de ternura y de aprecio hácia la mujer, que al cabo se ve conceptuada como *cosa*, no como *persona*, como *triste necesidad*, no como *hermosa salvacion*.... Y así deserta el hombre de los goces puros, de las dichas suaves, de las felicidades apacibles; así se aleja de la vida sencilla de emociones y rica en concepción, de la vida ordenadora, higiénica racional, que el hogar le ofrece cuando en él reside una compañera, y así se enfanga en esa soledad agotadora de impresiones impuras, de combatidos deseos, de intranquilidad irritante; y sin darse cuenta de lo que quiere, ni de lo que logra; ni de lo que busca; consume los dias de su vida en mezcolanza de debilidades y heroismos, tornándose terco como un niño, voluble como un mono, irascible como un nécio, pueril como una hembra; y sin fijeza de carácter, sin constancia en la voluntad, ni método en la existencia cae de lleno en todas las inferioridades, hasta presentar ese tipo que pulula por todas partes, mercader de su palabra, baratero de honras, rebuscador de azares, aventurero indigno, parásito de la humanidad, criatura despreciable á todo juicio sano, y tolerado por la mayoría, unas veces por lástima, con frecuencia por necesidad, en ocasiones por miedo, pero nunca por estimacion y menos por amor:... he aquí hasta donde alcanza la horrible influencia de la ramera.

Y á esta llaga horrenda, que extiende sus pestíferas emanaciones sobre la familia constituida por el hombre y la mujer, mediante una oferta de perennidad de amor, meta sublime á que ha llegado la vida al ascender por la escala de los siglos desde la pasajera efervescencia del instinto animal, á la sagrada divinización del sentimiento racional; y, á esta llaga que aleja la paz del hogar de los hombres, y tornándolos á una degeneración improductiva los rebaja á la bestialidad, tienen muchos la osadía impúdica de llamarla *salvadora necesidad social*; y aun van más léjos otros, y pervirtiendo principios, conculcando con cínica ignorancia las leyes de la vida, la llaman *reguladora de la salud*... ¡Vive Dios! Esto merece entrar en un órden de consideraciones no completamente separadas, pero distintas, del mundo, de la moral y el sentimiento.

¡Regulador de la salud! ¿Habrá menester una invocación á la fisiología para demostrar lo que es el hombre? Por sabido se calla: sinteticemos. El hombre *natural* (sano, bien constituido y civilizado, pues al dar el epíteto de *natural* siempre ha de te-

nerse en cuenta la más alta perfección), el hombre *natural* es casto; la castidad excluye el vicio, es su antítesis; la simultaneidad de la vida en todas las necesidades rechaza el predominio de todo vicio. El hombre natural *ama*, busca la mujer, pretende los hijos, pero por una serie de consideraciones complejas, mucho más elevadas que la exclusividad de los placeres sensuales: la vida se entroniza sobre lo más completo, no sobre una sola cualidad. El triunfo de la vida, por lo tanto, se afirma sobre el hombre casto, amorosamente unido á la mujer casta y, ¡ay! que, si la selección que preside en las leyes de la vida (imposible de negar creyendo en las inmortalidades), quisieran los hombres aplicarla con conocimiento de causa á los códigos sociales, en su realidad posible, y establecieran sobre las bases de lo natural los preceptos de lo artificioso; si el matrimonio no fuese ayuntamiento ó empresa lucrativa de intereses compuestos, y se llevara á la sagrada vinculación de lo indisoluble solamente lo que fuera fundamento de lo inmejorable; si en la pureza de lo mejor fuese donde únicamente se asentara la constitución de la familia, y sin duelo, escrúpulos, ni remordimientos, se legislase sobre la vida atendiendo antes al bien que á la tradición, antes al porvenir que al pasado, antes á la grandeza de la raza que á la satisfacción del individuo, el matrimonio surgiría correcto, elevado, uniendo almas y cuerpos complementarios de un todo de felicidad, cima perfecta de las generaciones futuras. ¡Tanta y tan honda trascendencia tiene la unión del hombre sano á la mujer sana! ¡Cuánto más aprisa caminaría en su eterna ruta de merecimientos la especie racional, si aunase sus dictámenes de moral á los fines de la naturaleza; si sacrificando necias puerilidades y míseros respetos, sin menoscabo de la voluntad individual, solamente sancionase con la legalidad lo que solamente fuera sancionado por la ley de perfección progresiva. Léjos de esto, acude al extremo más retirado del fin de la vida, estableciendo y justificando el sofisma espantoso de que la prostitución es el regulador de la salud. ¡Tanto valdría decir que un cadáver sin sepultar era la garantía de la sanidad de la atmósfera!

Allá va la torpe y extraviada sensación, con sus pervertidos impulsos; la ramera la acoge, y cambia por el simulacro del amor el virus de la enfermedad... ¿de esta ó de aquella enfermedad? de una ó de otra, ¡de todas! Aire puro, luz directa, espacio anchuroso: primeras bases de la salud. Sobriedad, sencillez de alimentos; ejercicio general de todos los músculos, estudio, meditación, trabajo, aspiraciones á lograr estimación sólida, aprecio inacabable, bienestar continuo, esperanza en lo inmortal por nuestras obras, nuestros hijos, ó nuestras creencias; segundas bases de la salud, coronamiento de todas las actividades que mueven al sér humano.

En lo contrario de todo esto anida la enfermedad, el vicio y el crimen. Pues bien, la ramera de todo esto carece. Su existencia se acoge á los grandes centros; las estadísticas arrojan un desnivel inmenso entre la prostitución de aldeas y campos, y las ciudades. En las grandes capitales se afirma, pues, la ramera; la atmósfera de lo artificial, de la noche y de la aglomeración, es su principal elemento: altas ó bajas por categoría de precio, todas están muy hondas en el nivel de la salubridad: su alimentación, deficiente ó excesiva, siempre es excitante, cayendo con el alcohol y la golosina sobre un estómago ó hambriento ó estragado. La indolencia dijérase que ha tomado personificación en la ramera; en solo el andar se descubre aquella estúpida inmovilidad del abandono constante. ¡Energía! No hay uno solo de sus músculos que tenga otra fuerza que la del espasmo. Si ni siquiera se mueve, ¡cómo ha de estudiar! Intellectualmente, cualquier jóven gorila, educado con precaucion, alcanza tantas cualidades de reflexión como la ramera; su meditación continua no salva el círculo del instinto de la conservación. Atrofiada para amar es imposible que trabaje: el trabajo es amor, fuerza expansiva que brota a exterior para beneficio humano. Del último orden de consideraciones antes expuestas, que son las más altas de la racionalidad, no

hay que hablar tratándose de la ramera. La degradación de si misma, anula todo conato de aprecio, de consideración y de bienestar, ella con que la paguen tiene bastante. En cuanto al desprecio que hace de toda honradez, es la justa devolución del que reciben (más adelante se verá lo dignas de lástima que son, ahora se está demostrando su misión perturbadora). Pues bien, con todas estas condiciones se ofrece como *salvadora* de la salud, como su regulador, apoyada en una legislación que, no solamente la tolera, sino que garantiza su impio comercio. La juventud, el vigor, la actividad! acuden á ella muy creídos que se salvan!... La juventud, el vigor, la actividad! ¿Son estas las condiciones *esenciales* de los que así buscan...? Torpeza inusitada, mísera codificación basada en corrompidas costumbres: ¡qué horrendo extravío inspira vuestros asertos, que no lanzais excomunion de desprecio y vergüenza sobre los que, llamándose jóvenes, activos y vigorosos, se entregan á la prostitución! Porque ¡fuera respetos! el hombre se prostituye tanto exactamente igual que la ramera. Y se llama joven, vigoroso, activo, y luego se califica tal vez de sábio, de grande y de justo! Y ¿cuál es lo cierto de todo esto? Que ni es joven, ni vigoroso, ni activo, ni sábio, ni grande, ni justo: que es una imperfecta criatura agostada sin desarrollarse, debilitada por falsas energías, indolente por perversión de actividad, y allá va á recoger sobre su degeneración incipiente la degeneración de la ramera, allá va á recoger en el aire que respira á su lado gérmenes de infección, inclinaciones brutales, hábitos groseros, costumbres de holganza, y cuando más seguro camina por esta fácil y atractiva senda de *la seguridad de la salud*, le sale al encuentro la penzoña con su nidial de dolores, á roer su sangre y sus huesos, y á arrancarle, una por una, sus prerogativas todas de sér inteligente, hasta bestializarlo de modo tan profundo que, en el concierto de la vida represente la suya un átomo de escoria arrojado á la voracidad del pudridero, donde anidará más tarde su descendencia, raquítica retoñadura dispuesta á ser carne de presidio ó de lupanar.

¡Declamaciones melodramáticas, juegos de moralistas, idealidades de imaginación calenturienta!... Ya se oye el rumor de estas exclamaciones, trascendiendo desde las mancebías y tratando de imponerse con la sátira ó el desprecio á todo movimiento de generosidad redentora; ya se oye esa algarada de las *grandezas pequeñas*, que muy á su gusto en sus guaridas de talco y lodo se arremolinan, precipitan y afanan, con algo de miedo, como manada de gusanos que, royendo tranquilamente sabrosa poma, sintiera de pronto el acerado filo de la cuchilla partiendo en dos mitades su guarida. ¡Es tan fácil y tan cómodo roer la vida! ¡Es tan difícil y trabajoso el afirmarla! Y ellos la roen, se la encontraron fresca, luciente, brindando felicidad y calma, ¡así fulgura en todo el universo! y ellos, los egoístas, los amantes de sí mismos, los que toman la humanidad por medio y no por fin, los que rompen su honra y la ajena sobre el cuello de una botella de Champagne ó en un chiste incisivo, los que haciendo descender el tipo humano hasta la representación de una quisicosa con formas de vívora, penamientos de hiena y costumbres de buitre, caminan en mortecina soñolencia por las sendas sociales con la mirada impúdica fija en los albures, y la voluntad impotente ansiosa de obscenidades. Esos productos que las leyes del atavismo arrojan sobre nuestros siglos como una reminiscencia de las razas simias; *esos* que tratándose del honor le califican de poder, y tratándose de virtud la entienden por hipocresía, y tratándose de amor le sienten por la ramera; *esos* se levantan como hacecillo de miasmas deletéreos surgientes de un pantano y con el equívoco oportuno, la agudeza injuriosa, la estúpida sonrisa, escupen sobre las almas que no descendieron de su jerarquía de racionales, y sostienen, por desgracia con éxito, en apoteosis

constante, la belleza del vicio, la necesidad de lo imperfecto, lo útil de lo monstruoso, ¡agentes tan opuestos al triunfo progresivo de la humanidad sobre nuestro espléndido mundo!... Y el mal continúa, acorrala, enerva las aspiraciones levantadas, derrumba los ideales de perfección, abraza los sentimientos nobles, hiela todo impulso de actividad conscientemente amorosa; rebaja, perturba y pervierte el sentido moral, haciéndole convergir, no á la familia, la nación y la raza, sinó hácia el individuo, en el que fermenta el ruín egoísmo, moho de la inteligencia y carcoma del sentimiento; extiende su maleficio de hogar en hogar, de corazón en corazón, y transforma á la juventud en desconfiada (!), á la vejez en libidinosa (!), á la familia en cuadrilla especuladora (!), y á la sociedad en montón fermentado de lujúria, de vanidad y de pereza!... Y á la mujer, á esa copa de perfume eterno donde el Altísimo colocó la diadema más espléndida de la vida, la de la maternidad; á esa criatura cuyo suave espíritu parece que aún retiembla á impulsos de angélicas inspiraciones; á ese sér que encierra en su corazón la melodía más conmovedora del concierto universal, pues sostiene en vibrantes cadencias todas las tonalidades del amor, á la mujer, la rebaja la prostitución á la más honda de las perversiones, y arrancándole sus excelsos privilegios, la transforma en rémora del progreso de la vida y en antro de infecundos dolores...

¡Cuán amargo dolor, se experimenta ante esas pobres víctimas de la irracionalidad del hombre y la deficiencia de la ley! ¡Cuán tristemente se contempla la muerte moral de tantas almas violentamente arrastradas por impuras atmósferas al funesto extravío de sus destinos! Y al hallar á la ramera más que culpable desgraciada, ¿cómo no resolverse contra *el llamado fuerte*, contra el hombre, y arrojar á su frente, manchada con pensamientos repugnantes, un anatema tremendo? ¡Fuerte! ¿Para qué? ¿Para someter á la debilidad? ¡Donosa fortaleza! ¡honrado triunfo! ¡culpan de débiles á las mujeres y no se detienen en prostituirlas facilitando á su debilidad los medios para ello. ¿Dónde está aquí la fortaleza? ¡Tanto valdría preciarse de tenerla por degollar gran número de corderos en breve tiempo! En cuanto á la debilidad ó *inferioridad* de la mujer hay mucho que hablar.

¡Inferioridad! Concienzuda é imparcialmente, dentro de lo humano, hay que emprender un largo trabajo para poner sobre la cuestión de la inferioridad el dictámen de la naturaleza, de los siglos y de la ciencia. No es esta ocasión de extenderse con método rigorista en la exposición del problema, pero no es posible dejarle sin tocar al referirse á la ramera y conviene sintetizar algunos puntos.

Parte el hombre pensador para hacer realizable la imposición de su autoridad de considerarse perfectamente ilimitado en su voluntad, pues reconoce en la voluntad el poder omnímódo. En efecto, bien que pese á los pocos que se niegan á sí mismos, al llevar sus negaciones más allá de Dios y de la fuerza, pese á los sectarios del ateísmo completo, cuando ya se han verificado todas las transformaciones, cuando huesos y carne, sangre y átomos, todo ha huido en los torbellinos de la materia, renovándose con nuevos elementos, el *yo* determinante y perfectamente determinado con los propios y continuos caracteres, sostenidos desde la misma infancia hasta la misma vejez, y conservado sin desviaciones radicales hasta en las perturbaciones del delirio (con sus formas externas é internas de constante entidad) el *yo*, queda permanente con su acción objetiva y subjetiva, que es la voluntad. En la ilimitación de ella, como queda dicho, apoya el hombre su autoridad para calificar á la mujer de sér inferior; de *pasivo* y no *activo*; *secundario*

ROSARIO DE ACUÑA.

(Se concluirá)

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 10.